

## Sobre una imagen de Quevedo: las urnas sobre las aras («Epístola satírica y censoria», vv. 29-30)

Enrique Moreno Castillo  
Barcelona

[*La Perinola* (ISSN: 1138-6363), 13, 2009, pp. 299-311]

En el inicio de la «Epístola satírica y censoria al Conde Duque de Olivares», el autor expresa su dolor ante la decadencia de la sociedad española con las siguientes palabras:

Señor Excelentísimo, mi llanto  
ya no consiente márgenes ni orillas:  
inundación será la de mi canto.

Ya sumergirse miro mis mejillas,  
la vista por dos urnas derramada  
sobre las aras de las dos Castillas.

El significado de estos versos no ofrece especiales dificultades: el poeta llora de tristeza y su llanto es como un río en crecida que se derrama sobre el objeto de su aflicción, es decir, sobre la sociedad que le rodea, representada aquí por Castilla la Vieja y Castilla la Nueva. Pero la expresión metafórica de esta idea resulta más compleja. ¿De qué urnas se trata? ¿De qué aras? ¿Qué motivos, qué tradiciones literarias se hallan detrás de estas imágenes?

La raíz del mecanismo retórico que elabora Quevedo es la metáfora, muy común, que identifica los ojos que lloran con una fuente de la que brota el agua. El agua que mana y fluye es un elemento tan central en la conciencia simbólica del hombre que, probablemente, la imagen se encuentra en todos los pueblos y en todas las épocas. Una de sus apariciones más tempranas es la del libro de *Jeremías*, 9, 1: «*Quis dabit capiti meo aquam, / Et oculis meis fontem lacrymarum!*» '¡Quién me diera que mi cabeza se hiciera agua y mis ojos fuentes de lágrimas!'. En las *Heroidas* de Ovidio, en la epístola de Hermíone a Orestes, se dice: «*Has sola habeo semper semperque profundo; / u ment incultae fonte perenne genae*» 'No las

tengo más que a ellas [a las lágrimas] y constantemente las derramo: mis mejillas marchitas se humedecen con una fuente perenne' (VIII, 63-64, p. 49). La imagen aparece con frecuencia en la poesía de Petrarca: en vida de la amada, el poeta exclama: «Oï occhi miei, occhi non già, ma fonti» (*Canzoniere*, CLXI); luego, tras la muerte de Laura, expresa el deseo de morir él también, pues es la única forma de que se cierren las fuentes de su llanto: «S'esser non pò, qualcuna d'este notti / chiuda omai queste due fonti di pianto» (*Canzoniere*, CCCXXXII, v. 54)<sup>1</sup>. En Italia volvemos a encontrar esta metáfora en Poliziano: «*Quis oculis meis / fontem lachrymarum dabit?*» '¿Quién dará a mis ojos una fuente de lágrimas?' (p. 124). Pero la expresión no sólo aparece en textos líricos, sino también en obras narrativas. Por ejemplo, Ariosto habla de una muchacha que sigue siendo muy bella aunque «gli occhi sien duo fonti» (*Orlando furioso*, XXVIII, 97, p. 792). En la literatura castellana de procedencia petrarquista encontramos algunas veces esta imagen como expresión del dolor del amante: «Fuentes mis ojos se ven, / y al hidrópico desdén / no hay llanto que satisfaga» (Conde de Salinas, p. 192); otras veces se aplica a la muchacha desdeñada, como ocurre en Montemayor: «¿Qué sentistes, / oh claros dos luceros, que os volvistes / de lágrimas dos fuentes perennales?» (p. 575). Lo mismo sucede en Lomas Cantoral: «¡Ay de mí, dijo, triste y sin ventura!, / dos fuentes hechos sus divinos ojos» (p. 309). Esta última construcción adquiere una cierta fijeza en el lenguaje poético: «Los ojos de Marfida hechos fuentes» (Montemayor, p. 75) y la encontramos, expresando un dolor muy distinto del petrarquesco, en Fray Luis: «despiden larga vena / los ojos hechos fuente» (p. 52); también aparece, en un contexto humorístico, cuando, en el *Quijote*, la condesa Trifaldi se excusa por narrar su triste historia sin derramar una sola lágrima: «esto que voy a decir agora lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes» (*Quijote*, II, cap. XXXIX, p. 949); en Malón de Chaide reaparece, pero con un valor metafórico añadido: así como en la fuente real se lavan los objetos, en la metafórica de las lágrimas se purifica el espíritu: «[La Magdalena] no se harta de lavar sus pecados pasados, con hacer fuentes de sus dos ojos» (p. 669). Con un artificio muy propio del barroco, Valdivielso usa la comparación recuperándola en su sentido literal para relanzarla en una metáfora de segundo grado. En la narración de la huida a Egipto, se dice que la Virgen padece sed, y sabe que San José bien quisiera encontrar una fuente para darle de beber; también sabe que él siente tanto no poder satisfacer la sed de su esposa y de su hijo que tiene ganas de llorar, pero que reprime su llanto para no entristecerlos más. Todo esto da lugar al siguiente arabesco metafórico: «La Virgen disimula la sed grave / por no afligir al caminante santo, / de cuyo amor con certidumbre sabe / que hiciera fuentes de copioso llanto» (p. 214). En el príncipe de Esquilache, la metáfora de las fuentes se reduplica, ya que las lágrimas que brotan de ellas son, además, perlas:

<sup>1</sup> Para esta metáfora en la poesía de Petrarca y en otros poetas italianos y españoles, ver Manero Sorolla, 1990, pp. 620-630.

«Así acabó Cenobia su discurso, / con justa admiración de los oyentes, / formando de sus lágrimas el curso / de hermosas perlas desatadas fuentes» (p. 347). Finalmente, en Góngora encontramos esta misma metáfora vuelta del revés: no es que los ojos sean como fuentes, sino que dos fuentes son como ojos que lloran: «Ojos eran, fugitivos, / de un par-dos escollo, dos fuentes» (Góngora, *Romances*, p. 425).

El siguiente paso en nuestro acercamiento a los versos de Quevedo es la consideración de la imagen anterior llevada a su extremo hiperbólico: el llanto es tan copioso y tan abundante que no debe ser comparado sólo a un manantial, sino a un torrente o a un río. Así lo vemos, como no deja de ser esperable, en las *Lamentaciones* de Jeremías, 2, 18: «*Deduc quasi torrentem lacrymas / Per diem et noctem*» 'Derrama día y noche lágrimas a torrentes'. En la *Eneida*, cuando el héroe llora al contemplar en Cartago una pintura que representa la destrucción de Troya, se dice que «*largoque umectat flumine voltum*» 'y humedece su rostro con un largo río' (I, 465, I, p. 23); en Ovidio, justo antes de los versos que hemos citado más arriba, Hermíone se lamenta con estas palabras: «*Flere licet certe: flendo diffundimus iram / perque sinum lacrimae fluminis instar eunt*» 'Ciertamente tengo motivos para llorar; llorando desahogamos la ira, y así las lágrimas caen sobre mi pecho como un río' (*Heroidas*, VIII, 61-62, p. 49). Igualmente, leemos en una égloga de Pontano: «*Ex oculi leviore ictu fons stillat amoris, / paulatimque amnes lacrimarum et flumina volvit*» 'A la más leve mirada surge una fuente de amor, y poco a poco arrastra torrentes y ríos de lágrimas' (vv. 19-20, p. 8). Cuando, en el *Orlando furioso*, Medoro descubre el cadáver de Dardinello, «n'avea un rio sotto ogni cilio» (XVIII, 186, p. 493); en otro lugar del mismo poema, Bradamante se lamenta y lanza contra el amor una invectiva en que dice: «che ti dilette, anzi ti pasci e vivi / di trar dagli occhi lacrimosi rivi!» (XXXII, 20, p. 869). Un poema de Celio Magno comienza pidiendo lágrimas para llorar una muerte reciente: «Chi di lagrime un fiume agli occhi presta / e mille lingue, onde si lagni, al core?» (*Rime*, 29). En Marino, la imagen adquiere proporciones descomunales: «avvezzo al pianto e nato al duolo, / altro non so che trar del'occhio un Gange» (*Adone*, XIX, 210, p. 1199).

En la literatura castellana, encontramos los ríos de lágrimas en la poesía de tema amoroso: «De amargo llanto dos corrientes ríos / mis ojos bañan» (Pedro Láynez, p. 128); en un poema atribuido a Cervantes se habla de una pastora despreciada que tiene «vuelos los hermosos ojos / en dos caudalosos ríos» (*Poesías completas*, II, p. 401)<sup>2</sup>. Pero la imagen no aparece solamente en la poesía amorosa. Cuando, en *La Cristiada* de Hojeda, María Magdalena va al sepulcro de Cristo y lo encuentra vacío, se dice a sí misma: «Ojos, vosotros supliréis por ellos [por los cabellos que enjugaron los pies de Cristo] / en dos ríos de lágrimas trocados» (p. 248); y del mismo personaje, dice Malón de Chaide: «Deshecha en llanto, hizo dos ríos de su ojos» (p. 482). Marcos Dorantes, en su elegía a la muerte de Montemayor, desarrolla y da movimiento a la

<sup>2</sup> Para otros ejemplos, ver el libro citado de Manero Sorolla, pp. 620-625.

imagen, integrando en ella el tema del deshielo que forma las corrientes de los ríos. La diosa Venus lamenta la muerte del poeta, y su llanto se describe con estas palabras: «Cual suele en el verano derretirse / del Céfito la nieve sacudida / y en abundosas aguas convertirse, / tal de sus ojos sale y tan crecida / el agua con que el campo está bañado / llorando aquesta fúnebre partida» (en Montemayor, pp. 442-443). El conde de Salinas, a partir de la metáfora de los ríos de llanto, crea una imagen en donde las dimensiones espaciales se entrecruzan de manera sorprendente: «de mis ojos me siento a las riberas» (p. 77). También Quevedo renueva la imagen, combinándola con la idea de «los ríos que van a dar en la mar», solo que aquí el río es el llanto del pecador, mientras que el mar es Dios: «¿Cuándo mis tristes ojos, vueltos ríos, / a tu mar llegarán desde este yermo?» (p. 170). El mismo Quevedo no resistió a la tentación de mostrar bajo un aspecto ridículo esta figura. En una de sus preámbricas dice, refiriéndose a los poetas: «Y quedan con este concierto: que de aquí adelante no finjan ríos sus ojos, porque no somos servidos de beber lagañas ni agua de cataratas; cada uno lllore en su casa, si tiene qué» (*Prosa festiva completa*, p. 149).

Naturalmente, estamos espigando unos cuantos ejemplos, sin pretensiones de agotar ninguno de los temas que nos van saliendo al paso. Sólo añadiremos que la imagen del llanto como un río se relaciona con otra, típica de la poesía petrarquista, que es la del amante desdeñado que llora en las riberas, acrecentando el caudal de la corriente con sus propias lágrimas. Y que todo esto, a su vez, no puede ser totalmente desligado de la idea que aparece en las *Seniles* de Petrarca, según la cual el mundo es un «río de lágrimas», como luego repite Rojas en el llanto de Pleberio<sup>3</sup>. Hay que recordar también que en la mitología griega el Cocito, el río del infierno, está hecho de lágrimas<sup>4</sup>.

En los versos de la «Epístola satírica y censoria», el llanto del poeta «no consiente márgenes ni orillas», al igual que, en el soneto de Lupericio L. de Argensola, el Ebro «no sufre [...] márgenes ni puente» (p. 109) o, en el de Góngora, «Nilo no sufre márgenes» (*Sonetos*, p. 80). Así pues, el llanto amenaza con producir una inundación, con lo que la imagen adquiere un nuevo grado de artificio.

Luego se dice: «la vista por dos urnas derramada». Este verso resulta problemático por varios motivos. En primer lugar, se emplea la palabra «vista» en donde esperaríamos «ojos». Aunque este uso es posible en castellano, no es frecuente en otros escritores y creo que constituye un rasgo propio y particular del estilo de Quevedo. En otro poema, hablando del dolor que produjo un accidente que costó la vida a muchos, dice que «más agua da la vista que la fuente» (p. 236). En el «Poema heroico a Cristo resucitado», se describe a Adán «la vista en llantos anegada» (p.

<sup>3</sup> Sobre esto, véase el artículo de David Hook citado en la bibliografía, donde señala la presencia de esta misma imagen en Christina de Pisano y en Fray Luis de Granada.

<sup>4</sup> Homero, *Odisea*, X, 513; Virgilio, *Eneida*, VI, 296; *Geórgicas*, IV, 478; Platón, *Fedón*, 113, c; Estacio, *Tebaida*, VIII, 30-31; Claudiano, *De raptu Proserpinae*, I, 86-88.

358); en un soneto a la muerte de Fray Hortensio Félix Paravicino, se dice «El que vivo enseñó, difunto mueve / y el silencio predica en él difunto: / en este polvo mira y llora junto / la vista cuanto al púlpito se debe» (p. 456); otro poema fúnebre comienza con estas palabras: «Si, con los mismos ojos que leyeres / las letras de este mármol, no llorares / y en lágrimas tu vista desatares, / tan mármol, huésped, como el mármol eres» (p. 443); en un poema amoroso el poeta declara: «Sedienta y desvelada / tengo la vista, sin poder hartarse / del llanto mismo en que se ve anegada» (p. 580); más extrañamente aún, la esposa de *El Cantar de los Cantares*, apenada por la ausencia del esposo, va «la vista por los ojos derramada» (p. 380).

En cuanto a «urnas», la palabra tiene en castellano el valor de urna sepulcral, o de urna para depositar votos, pero en latín podía significar además, como señala Alfonso Rey anotando este pasaje, «vasija» o «cántaro» (*Poesía moral. Polimnia*, p. 349). Y a los ríos, o a las divinidades que los personificaban, se les solía representar con un cántaro o urna de la que salía agua y que simbolizaba el manantial del que traía origen su corriente. «Cosa muy usada —dice Herrera en sus anotaciones a Garcilaso— fue poner dioses a los ríos, pintándolos recostados, y alzado el medio cuerpo, y con las urnas debajo el brazo enviar de allí los ríos como de una fuente» (p. 588). En la *Eneida*, sobre el escudo de Turno, está representada la leyenda de Ío, hija del dios fluvial Ínaco, cuya imagen aparece de la siguiente manera: «*caelataque amnem fundens pater Inachus urna*» ‘y su padre Ínaco derramando un río de una cincelada urna’ (VII, 792, II, p. 113). De este verso de Virgilio procede sin duda este otro de la *Tebaida* de Estacio, donde se describe una estatua de este mismo dios fluvial: «*Pater ipse bicornis / in laevum prona nixus sedet Inachus urna*» ‘Allí se encuentra el mismo padre Ínaco, con sus dos cuernos, recostado sobre su lado izquierdo y apoyado en la urna volcada’ (II, 217-8, p. 138); en el canto VI del mismo poema se dice: «*Pater ordine iuncto / laevus harundineae recubans super aggere ripae / cernitur emissaque indulgens Inachus urnae*» ‘Inmediatamente después se ve al padre Ínaco que, apoyado en el costado izquierdo, está recostado sobre una de las orillas cubiertas de cañas y deja fluir abundantemente el agua de la urna’ (VI, 273-275). Una escena semejante aparece en Claudiano, hablando del río Hermo: «*laetatur in antro / amnis et undantem declinat prodigus urnam*» ‘Se alegra en su caverna el río y derrama generosamente la urna undosa’ (*Rapto de Proserpina*, II, 69-70, p. 322).

La imagen aparece con frecuencia en la literatura renacentista y barroca, al igual que en las artes plásticas. En la *Arcadia* de Sannazaro, el río Sebeto se halla personificado con unos rasgos que probablemente proceden de los versos anteriormente citados de Estacio: «*Trovai in terra sedere il venerando idio, col sinistro fianco appoggiato sovra un vaso di pietra che versava acqua*» (p. 219). En *De partu Virginis*, del mismo autor, encontramos una de esas mezclas de la iconografía cristiana con la pagana a las que tan aficionada fue la poesía religiosa de la época.

Mientras los ángeles cantan celebrando el nacimiento del Salvador, sus voces llegan hasta los oídos del río Jordán: «*Ipsè antro medius pronaque acclinis in urna / fundit aquas*» 'Él mismo [el Jordán] en medio de la gruta y apoyado en una urna inclinada, vierte las aguas' (III, vv. 298-299, p. 216). Descripciones semejantes aparecen en diversos poetas del XVI y XVII. Garcilaso, en su Elegía I, presenta al Tormes lamentando la muerte de don Bernardino de Toledo, por lo cual se halla «no recostado en urna al dulce frío / de su caverna umbrosa» (p. 98) sino tendido en la ardiente arena, desgredado y desgarrando sus vestidos. En el soneto IX del *Songe* de Du Bellay se evoca al Tíber, «Qui s'accoudant sur le ventre d'une urne, / Versoit une eau, dont le cours fluctueux / Alloit baignant tout ce bord sinueux, / Où le Troyen combattit contre Turne» (p. 315). Lomas Cantoral, hablando del Pisuerga, dice: «Júntase a todo esto el sacro río / sobre una urna de cristal» (p. 277); el mismo esquema iconográfico sigue Barahona de Soto describiendo el río Comaro: «Debajo el brazo de la mano diestra, / el rico y grave río y poderoso, / el grande y incomparable vaso muestra / con que al mar indio da tributo honroso» (p. 476). Luis Vélez de Guevara dice: «Padre Betis, que, en húmidas recovas, / sobre urnas plateadas dormir sueles» (en Lope de Vega, *Obras poéticas*, p. 21); en *El Bernardo*, de Balbuena, aparece «el dios de este lugar, sagrado río [...] / en una urna de vidrio reclinado» (p. 163); en *La vida del patriarca San Josef*, de Valdivielso, cuando la Sagrada Familia vuelve de Egipto, el Jordán, al igual que en el poema de Sannazaro, se alza para contemplar al Niño Dios que regresa a la patria: «Sobre la urna de cristal hermoso / recostado el Jordán, alzó su frente / coronada de aljófar bullicioso / sobre ovas verdes y oro refulgente; / pasmose viendo al Todopoderoso» (p. 223).

A partir de esta iconografía de las divinidades fluviales, la palabra «urna», por metonimia, acaba significando en el lenguaje poético simplemente el agua o el caudal del río. Villamediana habla de «las no cuajadas perlas de este río / que en urna breve su cristal desata» (p. 146); Fray Diego de Hojeda, recreando el «río de agua viva» de *Apocalipsis*, 22, 1, dice: «Un río de cristal, seguro / de ofensa vil, con blanco pie camina; / en urna va de perlas murmurando, / y el margen de oro líquido esmaltando» (*La Christiada*, II, p. 54).

Si se sobrepone «urna», como imagen del nacimiento de las aguas, a la metáfora que compara el llanto humano con la corriente de un río, nos situamos ya muy cerca de la imagen quevediana de la que hemos partido. Comencemos con un poema de Petrarca donde el llorar está relacionado con la palabra «urnas», aunque este ejemplo lo aduzco con ciertas vacilaciones. Se trata del soneto CCXXXIV del *Cancionero*, en que el poeta se dirige a su propia habitación, refugio en tiempos, cuando no había caído aún en las redes del amor, frente a los tumultos del mundo, y hoy lugar del llanto del enamorado doliente. El segundo cuarteto dice así: «O letticiuol, che requie eri e conforto / in tanti affanni, di che dogliose urne / ti bagna Amor con quelle mani eburne, / solo ver' me

crudeli a sì gran torto» (p. 306). Las urnas son, sin duda, los ojos del poeta, pero no sabemos si se trata de una metonimia por «ríos» o si los ojos se comparan con unas urnas en sentido propio, es decir, con unos cántaros que vierten agua. Esto último es lo que parecen haber entendido todos los comentaristas y anotadores de Petrarca, y es cierto que no hay aquí (como sí los hay en Quevedo, que habla de márgenes y orillas, y también en otros ejemplos que veremos después) más elementos que ayuden a configurar la metáfora. Por otra parte, la aparición un poco desconcertante de las manos de marfil parece obligar a una interpretación según la cual es Laura la que, con sus manos blancas, derrama las «urnas» de lágrimas sobre la cama, lo cual nos inclina a pensar en «cántaros» y no en «ríos». Todo resulta un poco forzado, pero así lo interpretó Tassoni (y así lo siguen entendiendo los anotadores modernos): «Co' gli occhi propri del poeta il bagnava Amore, e non con le mani bianche di Laura. Ma finge che Laura in forma d'inaffiatrice si servisse de gli occhi suoi per urne, e con le sue mani le versasse nel letto». Y luego añade: «A me non pare senza qualche freddura»<sup>5</sup>.

En la poesía posterior encontramos de nuevo las «urnas» como símbolos del llanto. En algunos casos podríamos interpretarlas igual que en Petrarca, como recipientes de agua que se derraman; así, por ejemplo, en un poema de Bernardo Tasso donde el poeta expresa la esperanza de que su llanto amoroso se acabe y, por tanto, las urnas se rompan: «Ben mi credea ch' Amor tranquilla oliva / mandasse al cor, che lungo tempo errante / a la strada meglio volse le piante / dietro al desir, ch' ogni suo ben fuggiva; / e che l' urne dogliose onde deriva / il pianto fosser rotte» (Tasso, *Rime*, I, 54). En otro poema, escrito por su hijo, sobre la muerte de Francisco I de Medicis dice que «Flora in negro manto / urne versò di pianto» (Tasso, *Rime*, 1481, p. 214). Téngase en cuenta que Flora es aquí una personificación de la ciudad de Florencia, la cual llora la pérdida de quien la gobernó. Lo mismo ocurre en estos versos de un poema amoroso de Marino: «ed io da due dolenti e flebil'urne / andrei versando intanto / rugiade soavissime di pianto» (*Poesie varie*, p. 61). El mismo Marino, en el *Adone*, dice que Venus ha llorado tanto la muerte de su amante que «ha l'urne degli occhi omai sì vote, / che geme sì, ma lagrimar non pote» (*Adone*, XIX, est. 348, p. 1234). Quevedo, en *Providencia de Dios*, escribe: «Viase David en perpetua aflicción [...] eran sus ojos urnas de lágrimas» (*Obras completas en prosa*, p. 1603).

Estas urnas que son la fuente de las lágrimas permiten a veces un juego de palabras con la urna que encierra las cenizas de un muerto. Hay un poema de Tasso que está dedicado a un amigo llamado Pocaterra, cuyo nombre por cierto da lugar a otro juego de palabras, el cual había perdido a su amada. «A Pocaterra poca terra asconde / il suo bel sol e fa misera eclissi / a gli occhi suoi, che pur ne l'urna fissi / urne versano in lei di tepide onde» (*Rime*, núm. 644, p. 635). Lo mismo ocurre en estos versos de Marino en los que se habla de una visita a la tum-

<sup>5</sup> Petrarca, *Le Rime*, ed. Tassoni, Muzio y Muratori, Modena, 1711.

ba del propio Tasso, en la que los ojos del poeta, al ver la «urna» que contiene las cenizas del escritor venerado, se convierten a su vez en dos «urnas» en el sentido que estamos estudiando ahora: «e questi in rimirar l'urna famosa / furo in urne di pianto occhi conversi» (Marino, *Rime lugubri*, p. 207).

Pero en otros casos estas urnas de llanto se identifican con las urnas de los ríos. En un soneto de Marino, dedicado a la muerte de Alejandro Farnesio, se dice que: «due di lagrime colme urne dolenti / ti porge afflito il buon popol di Marte» (*Rime lugubri*, p. 170). El pueblo romano (el «pueblo de Marte») derrama lágrimas sobre el sepulcro del glorioso capitán difunto, lo mismo que hacía Florencia en los versos de Tasso citados más arriba; pero luego el poema de Marino continúa: «l'una è del Ren, [...] l'altra del Tebro» Las urnas de lágrimas que derrama el pueblo romano, simbolizado por el Tíber, y el de los Países Bajos, teatro de las hazañas guerreras del difunto, representado por el Rin, son, pues, urnas de ríos, son ríos de lágrimas.

Precisamente porque este era uno de los significados bien asentados de la metáfora, es posible la aparición, mediante la misma imagen de las «urnas», de la metáfora inversa, es decir, de aquella en la que no se compara el llanto de los hombres con la corriente de los ríos, sino, al revés, se dice que, a causa de alguna desgracia o acontecimiento luctuoso, los ríos lloran. En una égloga de Herrera, un pastor, deseoso de que toda la naturaleza se una a su dolor por la pérdida de la amada, apostrofa así al Guadalquivir: «La arena crezca en lágrimas bañada / do la urna en cristales sustentada / tiene Betis» (p. 304). En otro poema de Tasso, éste dedicado a la muerte de Alejandro Farnesio, dice «Or versi urna di pianto il Tebro» (núm. 1430, p. 155). Si lo comparamos con su otro poema, citado más arriba, en el que Florencia llora por Francisco I de Medicis, veremos que a pesar de la semejanza de significado y de procedimiento, el mecanismo metafórico es exactamente el inverso: Florencia «derramó urnas de llanto», es decir, que la ciudad está vista como una persona que llora, y su llanto es comparado con un río; aquí la tristeza que sufre Roma se expresa diciendo que el Tíber, visto como una persona, llora las aguas de su cauce, con lo que es el río lo que se compara con el llanto y no al revés. Lo mismo ocurre en un soneto de Marino donde se dice que, a la muerte de Felipe II, el Tajo llora la pérdida del gran rey: «E'l Tago afflito / versi in lui per lavar lo urne di pianti» (Marino, *Rime lugubri*, p. 161). En la *Fábula de Faetón*, del conde de Villamediana, Climene, la madre de Faetón, entristecida por su pérdida, exhorta al río Eridano a que lamente la muerte del joven: «Tú, clarísimo padre, nunca enjuto, / a anohecer tus márgenes empieza; / sea de hoy más tu líquido tributo / urna de llanto» (p. 293, vv. 1769-1772). A la muerte de la duquesa de Lerma, dice Góngora que al Pisuerga, para llorar todo lo que debía, le haría falta el caudal del Nilo: «de Pisuerga al undoso desconsuelo / aun la urna incapaz fuera del Nilo» (*Panegírico al duque de Lerma*, vv. 413-414, en *Obras completas*, p. 700). En un poema de Trillo y Figueroa, el río



Garellano se lamenta de la derrota infligida por los españoles, por lo que va «llorando mares de la urna esquivada» (p. 555). El procedimiento se complica en este otro verso de Tasso, que se supone puesto en boca de la misma ciudad de Roma, la cual lamenta su dolor y dice: «verso mille urne del mio pianto in Tebro» (*Rime*, núm. 1434, p. 158), ya que se puede interpretar que la ciudad llora y sus lágrimas se derraman en el Tíber, o bien que la ciudad llora y que su llanto es el mismo río.

Demos un paso más. En un soneto de Bernardo Tasso se dice: «Né perché fiumi tepidi e correnti / versi con l'urna aperta il mio tormento / per gli occhi fuor, d'aver, Donna, mi pento / i miei pensieri al vostro onore intenti» (*Rime*, lib. III, núm. 2). Aquí se encuentra ya expresamente la identificación de los ojos con las urnas fluviales, lo cual no ocurría en los ejemplos anteriores, aunque todo inclina a pensar que en muchos de ellos se halla implícita esta identificación. Más elaborada es la expresión de la misma idea en Luigi Groto: «Secca, e mi presta, o re de' fiumi, quanto / chiudi humor, si che'l mio sole sparito / i' pianga, che'n te poi restituito / cadran da l'urne de'mei occhi intanto» (*Rime*, I, fol. 42.). Groto habla de las urnas de los ojos, pero sólo porque ha pedido prestadas al río las aguas con las que quiere llorar la pérdida de su amada.

Veamos ahora algunos ejemplos españoles. En «Las lágrimas de la Madalena», de Lope, la protagonista se dirige a la piedra que cierra el sepulcro de Cristo y dice: «Quedad, pues, piedra a Dios; mas ¡quién quedara / por piedra y de sepulcro le sirviera, / aunque el alma llorando distilara, / y en transparentes urnas convirtiera!» (*Obras poéticas*, p. 388-389). A fuerza de llorar, el alma se convertirá en «urnas transparentes». Aquí ya no podemos imaginar que las urnas sean cántaros, pues la expresión solo puede entenderse en el sentido de que el alma se convertirá en un río de lágrimas. Lo mismo encontramos en un soneto amoroso de Góngora, donde se desarrolla el tema del enamorado que llora a las orillas de un río, cuyo caudal aumenta así con sus propias lágrimas. Insinuando algún episodio amoroso de ausencia y traición, el poeta dice que las lágrimas que no lloró junto al Duero las vierte ahora en el Guadalquivir. «Cuantas al Duero le he negado ausente, / tantas al Betis lágrimas le fio, / y, de centellas coronado, el río / fuego tributa al mar de urna ya ardiente» (*Sonetos*, p. 148). El río tributa al mar el agua que sale de su urna, pero también el fuego, las lágrimas ardientes, que salen de esa otra urna que son los ojos del poeta.

Esta identificación de los ojos que lloran con las urnas de un río aparece reiteradamente en la obra de Quevedo. En uno de sus poemas amorosos, tras invocar a una serie de ríos ilustres, exclama: «como por vuestras urnas, sacros ríos, / todos pasad por estos ojos míos» (núm. 390, vv. 39-40)<sup>6</sup>. Otro de sus poemas comienza así: «Fuente risueña y pura, que a ser río / de las dos urnas de mi vista aprendes, / pues que te precipitas y descienes / de los ojos que en lágrimas te envío» (núm. 495, vv. 1-4). Finalmente, recordemos un soneto en el que se alude a las fuentes del Nilo, famosas porque nadie había logrado dar con ellas ni se

sabía en qué lugar se hallaban: «No de otra suerte, Lisis, acontece / a las undosas urnas de mis ojos, / cuyo ignorado origen se enmudece» (núm. 500, vv. 9-11).

El repaso que hemos hecho dista mucho de ser exhaustivo, pero basta para circunscribir el contexto literario y simbólico de la imagen usada por Quevedo. Añadamos, como curiosidad, que en francés, hasta no hace mucho, la imagen estaba todavía viva en el lenguaje literario. Victor Hugo, en el poema «Paroles sur la dune», de *Les contemplations*, dice: «Je penche tour à tour mes urnes pour avoir / De chacune une goutte encore!» (p. 696) y en Flaubert, los personajes de las novelas románticas y sentimentales que seducen a Emma Bovary «pleurent comme des urnes» (p. 64).

«La vista por dos urnas derramada». Las urnas, que son los ríos que a su vez son los ojos del poeta, se derramarán sobre las «aras» de las dos Castillas. ¿Qué valor tiene aquí la palabra «aras»? Sobre este segundo punto no puedo ofrecer sino unas pocas conjeturas. El *Tesoro* de Covarrubias y el *Diccionario de autoridades* dan para «ara» el significado normal de altar o lugar para realizar un sacrificio a los dioses. Nada cuesta imaginar, en cualquier rito pagano, una urna que vuelca su contenido sobre un ara. O la actitud de quien vierte un llanto de petición, de arrepentimiento o de dolor sobre el ara de algún dios, como en el verso de Propertio en el que Tarpeya dice: «*lacrimis spargitur ara mei*» ‘el ara está regada con mis lágrimas’ (IV, 4, 46, p. 206). Pero no se entiende muy bien qué valor de tipo religioso o sacrificial puede tener la palabra «aras» en el verso de la «Epístola satírica y censoria». Aunque se trata de una acepción de uso infrecuente, pues no he encontrado ejemplos parecidos en la poesía castellana ni italiana, creo que Quevedo está pensando en aras sepulcrales, en esas aras romanas que no estaban dedicadas a un dios o a celebrar un acontecimiento, sino que conmemoraban a un difunto. De hecho, se conserva una versión anterior de la Epístola donde este pasaje dice así: «la vista por dos urnas derramada / sobre el sepulcro de las dos Castillas». Naturalmente, no podemos pensar que si el poeta ha sustituido una palabra por otra, la segunda ha de tener necesariamente el mismo significado que la primera, pero el hecho posee un valor de indicio. Hay que tener en cuenta, además, que los versos siguientes dicen en la primera versión: «Yace aquella virtud [...] en vanidad y en ocio sepultada», donde sin duda las palabras «yace» y «se-

<sup>6</sup> Estos versos, al igual que toda la estrofa en que se hallan, son una imitación muy ceñida de Luigi Groto, el cual reincide aquí en la misma idea de los ojos como urnas. Comp. Groto, *Rime*, III, fol. 97: «O altero Eufrate, che il terren caldeo / co'l tuo fertile humor bagni e fecondi, / o Po, pien d'anni, o aflito orbo Peneo / l'Hisperia tu, tu la Thessaglia inondi, / o frigio Xanto, o forte Pegaseo, / Gange, che d'India tua righe e circondi, / tutti passate per le luci nostre / come per l'urne e per le vene vostre»; Quevedo, *Obra poética*, I, núm. 390, vv. 33-40: «Eufrates, tú que el término caldeo / con vivos lazos de cristal circundas; / ¡oh rico Tajo!, ¡oh huérfano Peneo, / que en fértil llanto la Tesalia inundas!; / ¡oh frigio Xanto!, ¡oh siempre amante Alfeo!, / ¡oh Nilo, que la egipcia sed fecundas!; / como por vuestras urnas, sacros ríos, / todos pasad por estos ojos míos».

pultada» establecen un encadenamiento semántico con «sepulcro». En la versión definitiva, una vez que esta última palabra ha sido sustituida por «aras», estos versos permanecen intactos. También a partir de «aras» la virtud «yace» y está «sepultada». Quevedo pudo ser influido por una frase de Séneca donde se identifican las aras y el sepulcro: «*In ipsa Scipionis Africani villa iacens haec tibi scribo, adoratis manibus eius et ara, quam sepulchrum esse tanti viri suspicor*» (*Cartas a Lucilio*, LXXXVI, 1). Quevedo traduce estas palabras en *Las cuatro pestes*: «Esto te escribo estando mal convalecido en la misma quinta de Scipión Africano, habiendo adorado las cenizas y aras que yo creo es sepulcro de varón tan grande» (*Obras completas en prosa*, p. 1453). También pudo haber tenido en la mente el verso de la égloga V de Virgilio en el que Menalco habla de las aras que ha erigido a Dafnis (V, 66), o el pasaje de la *Eneida* en el que Andrómaca llora sobre unas aras consagradas a la memoria de su esposo Héctor: «*libabat cineri Andromache manisque vocabat / Hectoreum ad tumulum, viridi quem caespite inanem / et geminas, causam lacrimis, sacra verat aras*» ‘Andrómaca, sobre un túmulo vacío hecho de césped, hacía libaciones a las cenizas de Héctor e invocaba sus manes, a los que había consagrado dos aras, ocasión de lágrimas’ (III, vv. 303-305). Aquí tenemos la imagen de unas aras, dos aras, así como Quevedo habla de las dos Castillas, que se nos presentan, además, regadas por las lágrimas de quien llora a un difunto.

Aunque nuestro análisis no nos permite ofrecer una interpretación segura y concluyente de los dos versos de la epístola, todo lo anterior nos inclina a pensar que lo que estaba en la mente de Quevedo era: ‘vierto ríos de lágrimas sobre el sepulcro de mi patria’<sup>7</sup>.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Argensola, L. L. de, *Rimas*, ed. J. M. Blecua, Madrid, Espasa-Calpe, 1972.  
 Ariosto, L., *Orlando furioso*, ed. M. Turchi, Milano, Garzanti, 1978.  
 Balbuena, B. de, *El Bernardo*, en *Poemas épicos*, Madrid, Atlas, 1945.  
 Barahona de Soto, L., *Las lágrimas de Angélica*, ed. J. Lara Garrido, Madrid, Cátedra, 1981.  
 Cervantes, M. de, *El Quijote*, ed. F. Rico, Barcelona, Crítica, 1998.  
 Claudiano, *Obras*, ed. M. Platnauer, Cambridge, Harvard University Press, 1972.  
 Covarrubias, S. de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. M. de Riquer, Barcelona, Alta Fulla, 1987.  
*Diccionario de autoridades*, Madrid, Gredos, 1984, 3 vols.  
 Du Bellay, J., *Les Regrets*, ed. J. Jolliffe y M. A. Screech, Ginebra, Droz, 1979.  
 Esquilache, F. de Borja, príncipe de, *Nápoles recuperada*, en *Poemas épicos*, Madrid, Atlas, 1948.  
 Estacio, *Tebaida*, ed. G. Faranda Villa, Milano, Garzanti, 1998.  
 Flaubert, G., *Madame Bovary*, ed. M. Nadeau, Paris, Gallimard, 1972.  
 Garcilaso de la Vega, *Obra poética*, ed. B. Morros, Barcelona, Crítica, 1995.  
 Góngora, L. de, *Romances*, ed. A. Carreira, Barcelona, Quaderns Crema, 1998.

<sup>7</sup> Tengo que expresar mi agradecimiento a mi amiga Ana Gómez Rabal, excelente latinista, por la ayuda que me ha prestado en la elaboración de este trabajo.

- Cóngora, L. de, *Sonetos*, ed. B. Ciplijauskaité, Madrid, Castalia, 1978.
- Cóngora, L. de, *Obras completas*, ed. J. e I. Millé y Giménez, Madrid, Aguilar, 1972.
- Groto, L., *Rime*, Venezia, Ambrosio Dei, 1610.
- Herrera, F. de, *Poesía castellana original completa*, ed. C. Cuevas, Madrid, Cátedra, 1985.
- Herrera, F. de, *Anotaciones a la poesía de Garcilaso*, ed. I. Pepe y J. M.<sup>a</sup> Reyes, Madrid, Cátedra, 2001.
- Hojeda, Fray D. de, *La Christiada*, ed. M. H. Patricia, Corcoran, The Catholic University of America, 1935.
- Hook, D., «*Fons curarum, fluvius lachrymarum*: three variations upon a Petrarcan Theme», *Celestinesca*, 6, 1982, pp. 1-7.
- Hugo, V., *Oeuvres Poétiques*, ed. P. Albouy, Paris, Gallimard, 1967, 2 vols.
- Láynez, P., *Poesías*, ed. A. Martín Ocete, Granada, Universidad de Granada, 1950.
- León, Fray L. de, *Poesía*, ed. A. Ramajo Caño, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2006.
- Lomas Cantoral, J. de, *Obras*, ed. L. Rubio González, Valladolid, Diputación Provincial, 1980.
- Magno, C., *Rime*, Biblioteca italiana. Università degli Studi di Roma «La Sapienza», web: [www.bibliotecaitaliana.it](http://www.bibliotecaitaliana.it).
- Malón de Chaide, P., *La conversión de la Magdalena*, ed. F. García, Madrid, Espasa-Calpe, 1959.
- Manero Sorolla, P., *Imágenes petrarquistas en la lírica del Renacimiento*, Barcelona, PPU, 1990.
- Marino, G. B., *Adone*, ed. G. Pozzi, Milano, Adelphi, 1988.
- Marino, G. B., *Poesie varie*, ed. B. Croce, Bari, Laterza, 1913.
- Marino, G. B., *Rime lugubri*, ed. V. Guercio, Modena, Panini, 1999.
- Montemayor, J. de, *Poesía completa*, ed. J. B. Avalue-Arce, Madrid, Biblioteca Castro, 1996.
- Ovidio, *Heroidas*, ed. H. Bornecque, Paris, Les Belles Lettres, 1928.
- Petrarca, F., *Canzoniere*, ed. P. Cudini, Milano, Garzanti, 1986.
- Petrarca, F., *Le Rime*, ed. A. Tassoni, G. Muzio y L. A. Muratori, Modena, Bartolomeo Solani, 1711.
- Poliziano, A., *Poesie latine*, ed. F. Arnaldi y Lucia Gualdo Rosa, Torino, Einaudi, 1976.
- Pontano, G., *Poesie latine*, ed. L. Monti Sabia, Torino, Einaudi, 1977.
- Propertio, *Elegías*, ed. A. Tovar y M. T. Belfiore Mártire, Madrid, CSIC, 1984.
- Quevedo, F. de, *Prosa festiva completa*, ed. de C. C. García-Valdés, Madrid, Cátedra, 1993.
- Quevedo, F. de, *Obra poética*, vol. I., ed. J. M. Blecua, Madrid, Castalia, 1969.
- Quevedo, F. de, *Obras completas en prosa*, ed. F. Buendía, Madrid, Aguilar, 1974.
- Quevedo, F. de, *Poesía moral. (Polimnia)*, ed. A. Rey, Madrid, Támesis, 1999.
- Salinas, D. de Silva y Mendoza, conde de, *Antología poética 1564-1630*, ed. T. J. Dadson, Madrid, Visor, 1985.
- Sannazaro, I., *Arcadia*, ed. F. Erspamer, Milano, Mursia, 1990.
- Sannazaro, I., *De partu Virginis*, ed. S. Prandi, Roma, Città Nuova, 2001.
- Séneca, L. A., *Ad Lucilium epistulae morales*, ed. R. M. Gummere, Cambridge, Harvard University Press, 1953, 3 vols.
- Tasso, B., *Rime*, Biblioteca italiana. Università degli Studi di Roma «La Sapienza», web: [www.bibliotecaitaliana.it](http://www.bibliotecaitaliana.it)
- Tasso, T., *Rime*, en *Opere*, ed. B. Maier, Milano, Rizzoli, 1963.

- Trillo y Figueroa, F. de, *Obras*, ed. A. Gallego Morell, Madrid, CSIC, 1951.
- Valdivielso, J. de, *Vida de San Josef*; en *Poemas épicos*, Madrid, Atlas, 1948.
- Vega, L. de, *Obras poéticas*, ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1983.
- Villamediana, Juan de Tassis, conde de, *Poesía*, ed. M. T. Ruestes, Barcelona, Planeta, 1992.
- Virgilio, *Eneida*, ed. M. Rat. París, Garnier, 1960.
- Virgilio, *Geórgicas*, ed. H. R. Fairclough, Harvard University Press, 1965.

